

DESDE LA DISTANCIA

Dos casos bien distintos

José María Gómez Montes

En todas las profesiones, incluso en las más liberales, existen individuos de todas clases, los hay perfectos caballeros, otros menos y otros... En las profesiones en las que existen distintas categorías ocurren con más frecuencia sucesos en los que se dan a conocer las virtudes o defectos de los superiores en el trato con sus subordinados, olvidando o no, que ellos antes lo fueron. Dentro de todas, la más significativa es la profesión militar, y en ella, es donde se manifiestan mejor las cualidades, las virtudes, los defectos y los errores de los mandos, quizás por estar sometidos a una mayor disciplina y las distintas categorías están bien visibles con las insignias de su mando (estrellas o galones), no sólo dentro de los cuarteles, sino también en la calle.

Todo este preámbulo viene a propósito de dos anécdotas bien distintas, la primera le ocurrió a un alférez, amigo y compañero de promoción. Corrían los primeros años de la década de los cincuenta, cuando el protagonista de esta historia, católico practicante, al ser Primer Viernes de mes, acudió a la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús a primeras horas de la mañana para confesar y recibir la Comunión. Como el autobús del Grupo de Regulares al que pertenecía, salía a las 8 en punto, llegó a la iglesia unos minutos antes; el confesionario estaba entonces, en el altar del Pilar y para acceder a él, hay que subir unos cuantos escalones.

Mi compañero llegó, vio en la parte baja, enfrente del altar de la Purísima a dos militares, subió los escalones y como allí no había nadie, creyó que era el primero y esperó a que saliese el confesor. Después de confesar, le pidió al padre que le diese la Comunión pues su autobús salía a las 8 en punto. El padre le prometió que, después de confesar a los dos militares, les daría la Comunión a los tres, pues comprendía que tendrían prisa para poder llegar a tiempo a la salida de sus distintos autobuses.

Efectivamente, así lo hizo; mi compañero dio un momento gracias después de la Comunión y salió precipitadamente porque faltaban 2 minutos para las ocho. Cuando estaba ya en lo alto de la escalera de entrada a la iglesia, oyó una voz perentoria:

- "Alférez, párese"

- "¡A sus órdenes, mi teniente coronel! ¿Qué desea?"

- "Ha entrado usted en la iglesia, avasallando a todo el mundo y poniéndose el primero para confesar sin respetarme ni a mí, ni al otro militar. No le meto un paquete porque acabo de comulgar".

- "Mi teniente coronel, con el debido respeto, creo que en la iglesia, todos somos iguales y, además, como le he visto en los reclinatorios de abajo y que en el altar del Pilar no había nadie, he creído que yo era el primero"

- "Dentro y fuera de la iglesia, se mantiene la jerarquía; es verdad que en el altar no había nadie esperando al confesor, pero usted al verme donde yo estaba, aunque no estaba en el altar del Pilar, debió haberse acercado a mí y preguntarme si iba a confesar. Yo me di cuenta que usted tenía mucha prisa y si me hubiese pedido permiso, yo le habría dejado pasar. Puede usted marcharse; la Comunión para usted no le ha servido de nada por su comportamiento y yo vuelvo al templo a seguir rezando".

Como complemento a este incidente, mientras mi compañero estaba en el primer tiempo del saludo aguantando la filípica, entraban en la iglesia su madre y su herma-

na, y presenciaron "la escena". Y, por supuesto, llegó tarde para tomar el autobús; el taxi que le llevó a su Grupo de Regulares, le costó cincuenta pesetas de entonces. Se puede suponer que aquel primer viernes el superior debía tener una mala mañana para obrar de esa manera.

El segundo caso fue conmigo: Se preparaban las maniobras de 1954 y yo, como médico, debía preparar los botiquines de campaña y nombrar al personal sanitario que debía ir conmigo. Entre ellos, como responsable, el cabo sanitario musulmán correspondiente a cada Tabor, verdadero practico que ponía las inyecciones y vendajes como un verdadero profesional; iba por las casas para prestar sus servicios a oficiales, suboficiales y familia. Como el Tabor que iba a ir, era el segundo, el Coronel me llamó y me ordenó que el cabo-sanitario de ese Tabor, no fuera a las maniobras y se quedara en Melilla; que me llevara al del Tercer Tabor. Cumplí la orden, pero olvidé la susceptibilidad a flor de piel que tienen los superiores si alguien dispone de un soldado bajo su mando, sin que se le pida permiso.

El comandante del Tabor, uno de los jefes más justo, más caballero y más profesional que tuve el honor de tratar en los años que estuve en el Ejército, fue en mi busca, muy enfadado al enterarse del cambio de sanitarios y me metió una bronca de padre y señor mío; me defendí como pude, alegando que había cumplido órdenes del Coronel; no se venía a razones.

Hasta ese momento, tenía en un gran concepto y estima a este comandante. Me llevé un gran disgusto. Consideré totalmente injusto su comportamiento. Cuando terminé mi trabajo, acercándose la hora de regresar a Melilla, fui al bar de oficiales a tomarme una cerveza. A los pocos minutos, llegó el comandante, se dirigió al barman y le dijo: "Bájeme la botella aquella de manzanilla y póngame dos vasos"; con la botella y los dos vasos, se dirigió a donde yo estaba y me dijo: "Ya conozco todo el proceso. Siento de veras mi actitud anterior, debía haberme informado antes de proceder de esa forma; le ruego me disculpe y olvide tan injusta bronca, usted llevaba razón y en demostración del afecto que le tengo y de que he sido injusto con usted, le rogaría que aceptase beber esta botella en mi compañía".

Quedé asombrado por la actitud del comandante; en todos los años que llevaba en el Ejército no había visto un caso semejante; ahora comprendía mejor que, compañeros y subordinados de dicho jefe, le tuvieran en tan gran estima y consideración.

No me gusta dar nombres de los casos que narro, pero con éste, voy a hacer una excepción: Se llamaba D. José Álvarez Chas; voluntario siempre para cualquier acción, aunque le costara someterse a los mayores sacrificios. Herido ocho veces entre la guerra de España y la de Rusia, llevaba una brillante carrera. Poco tiempo después de este incidente, pidió destino a Ifni. Al mes o dos meses de estar allí, hacía falta un observador para volar en un Heinkel 111 y reconocer el terreno. Como buen conocedor del enclave de Ifni, y aunque no era misión suya, como siempre, se ofreció voluntario; salió el avión y ya nada más se supo ni del avión ni de sus ocupantes. Vayan estas líneas como homenaje a este jefe del Ejército de tan brillante trayectoria, al que tuve el honor de conocer, respetar y apreciar, y que murió como él deseaba: en acto de servicio.

Vamos a ver, María: ¿El abuelo es fuerte y poderoso? Pero bueno, ¿qué es eso de que mamá me tiene que ayudar a subir y bajar las escaleras? ¡No tiene nada que ver!

Se puede ser fuerte y poderoso aunque se tenga un pequeño defecto físico. Pero, ¿qué dices? ¿Qué tampoco te puedo alzar en brazos como papá?

Mira, María, vamos a aclarar las cosas: mayor defecto físico tenía Polifemo que tenía un solo ojo y, sin embargo, era un gigante poderoso.

Pues, Polifemo era un griego que mató a un tío que quería quitarle la novia lanzándole una piedra del tamaño de tu televisor. ¿Los griegos?

Eso es más fácil de explicar. ¿Tú conoces el mar de Alicante, verdad? Pues, casi en la otra orilla, hay un país parecido al nuestro, que se llama Grecia y a sus habitantes, en vez de llamarles "grecios", los maestros les pusieron el nombre de griegos. ¿Vale?

¿Qué cómo era de grande un gigante? Ay, María ¡Qué cosas preguntas! No estoy muy seguro porque no he visto ninguno; pero, aproximadamente, como dos jugadores de baloncesto puestos uno encima del otro. Que ¿eso no puede ser? Bueno, si no me crees, pregúntaselo a tu "seño" en el cole.

¿Ya no hay más preguntas? ¡Hombre, claro! Luego te daré dulces y, si no se lo dices a nadie, también te daré un bombón. Sí, ya sé que no dirás nada, hasta que llegue mamá y empieces a gritar: ¡El abuelo me ha dado un bombón! ¡Es mío y me lo puedo comer!

Bueno, voy a demostrarte que el abuelo, con sólo un ligero susto, es capaz de resistir un golpe tan fuerte que si se lo dan a tu televisor hay que echarlo a la basura. ¡No tengas miedo! No voy a romper tu televisor. Y no hagas pucheritos, que la gente va a pen-

sar que eres una niña llorica y, a mí, cada vez me engañas menos.

El abuelo iba volando en un avión - que también era fuerte y poderoso - desde Madrid a Río de Janeiro, que es una ciudad que está más allá de Boadilla del Monte, donde vive el tío Paco. Sí, está tan lejos; mucho más lejos, a unas ocho horas de vuelo.

Salíamos de noche, para llegar a nuestro destino al amanecer. Así que, a las dos horas de vuelo de una noche oscura pero tranquila, el abuelo decidió relajarse un poco, apoyó los brazos en la parte superior de los instrumentos y se inclinó hacia delante, con la cara pegada al parabrisas, para contemplar el espectáculo: se veían perfectamente las luces de la ciudad de Las Palmas, en forma alargada con más de diez kilómetros de longitud; se veían, también, las luces de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, de forma redondeada con una especie de penacho que subía hasta la ciudad de La Laguna; las otras islas no tenían ninguna ciudad con iluminación suficiente y permanecían ocultas en la oscuridad de la noche.

Llevaba unos minutos tranquilo, dedicado a contemplar el hermoso espectáculo, cuando... ¡¡BOUM!!!... Una explosión como un fuerte trueno me estalló en plena cara y, su

fuerza, el susto o ambas cosas, me lanzó hacia atrás y me quedé pegado a mi asiento.

¡Claro que me llevé un buen susto! ¿Te parece poco susto, que un petardo te estalle en la nariz? ¿Qué harías tú? ¿Qué tu mamá no te deja jugar con petardos? Pero, hija mía, yo no estaba jugando; algo había hecho explotar una bomba en mis narices y eso es muy fuerte. Sigo:

Mi primer pensamiento fue, como siempre, la seguridad: no pasaba nada. Parecía que había explotado una bomba o que algo había golpeado el parabrisas con una fuerza enorme; pero nadie en la pequeña cabina de vuelo estaba herido y el avión seguía volando con normalidad y con el piloto automático puesto.

Los tres tripulantes técnicos nos dedicamos a comprobar nuestras zonas de trabajo y la única anomalía que encontramos fue que el parabrisas principal de mi lado, justo donde tenía puesta mi cara, había perdido su transparencia y ofrecía un aspecto de masa informe de color blanco lechoso.

Sí, María, el parabrisas de los aviones no es como el de los coches. En el lado del primer piloto - ya sabes, la silla de la izquierda - existe una ventana lateral, un parabrisas oblicuo con forma triangular

y otro frontal muy grande. En el lado del segundo piloto, igual. Sí, ya sé que, en tu coche también tiene papá una ventanilla; pero no se puede comparar, ten en cuenta que el avión del abuelo era fuerte y poderoso y, por tanto, todo era más grande.

¿Puedo terminar la historia? Gracias.

Bueno, ahora sólo tenía que decidir si regresábamos a nuestra base en Madrid o continuábamos el vuelo a Río. ¿Qué río? Pues, cual va a ser, Río de Janeiro en Brasil. No pones atención a lo que te digo, sólo piensas en los dulces y me parece que voy a dudar si darte el bombón o no. ¡Sí, te daré el bombón! ¡No pongas esa cara de pena! ¿O es teatro? Nada, nada, cosas mías.

Preguntamos por radio a nuestros amigos de Madrid que cuidaban del Mantenimiento de los aviones y nos contestaron que el parabrisas resistiría perfectamente las seis horas de vuelo restantes, por lo que decidí seguir el vuelo.

No había más que dos problemas: primero, el aterrizaje no podría ser "normal", tendría que hacerlo el segundo piloto o hacerlo yo sin más visibilidad que el pequeño parabrisas oblicuo; segundo, no es lo mismo decir un Técnico en Madrid que el parabrisas no tendrá problemas, que volar seis horas viendo un parabrisas opaco de color lechoso.

¿Quién hizo el aterrizaje? Pues no tiene duda, el abuelo. Tienes que recordar siempre que quien tiene la máxima autoridad, tiene la máxima responsabilidad. Si en un avión, la máxima autoridad es el Comandante, tiene que asumir toda la responsabilidad en caso de duda.

Toma el bombón y cométe-lo enseguida, que me de tiempo a lavarte las manos antes de que venga mamá; pero dame un beso antes, que yo también quiero una recompensa.

Charlas con María (IV)

El golpe

G. De Álvaro